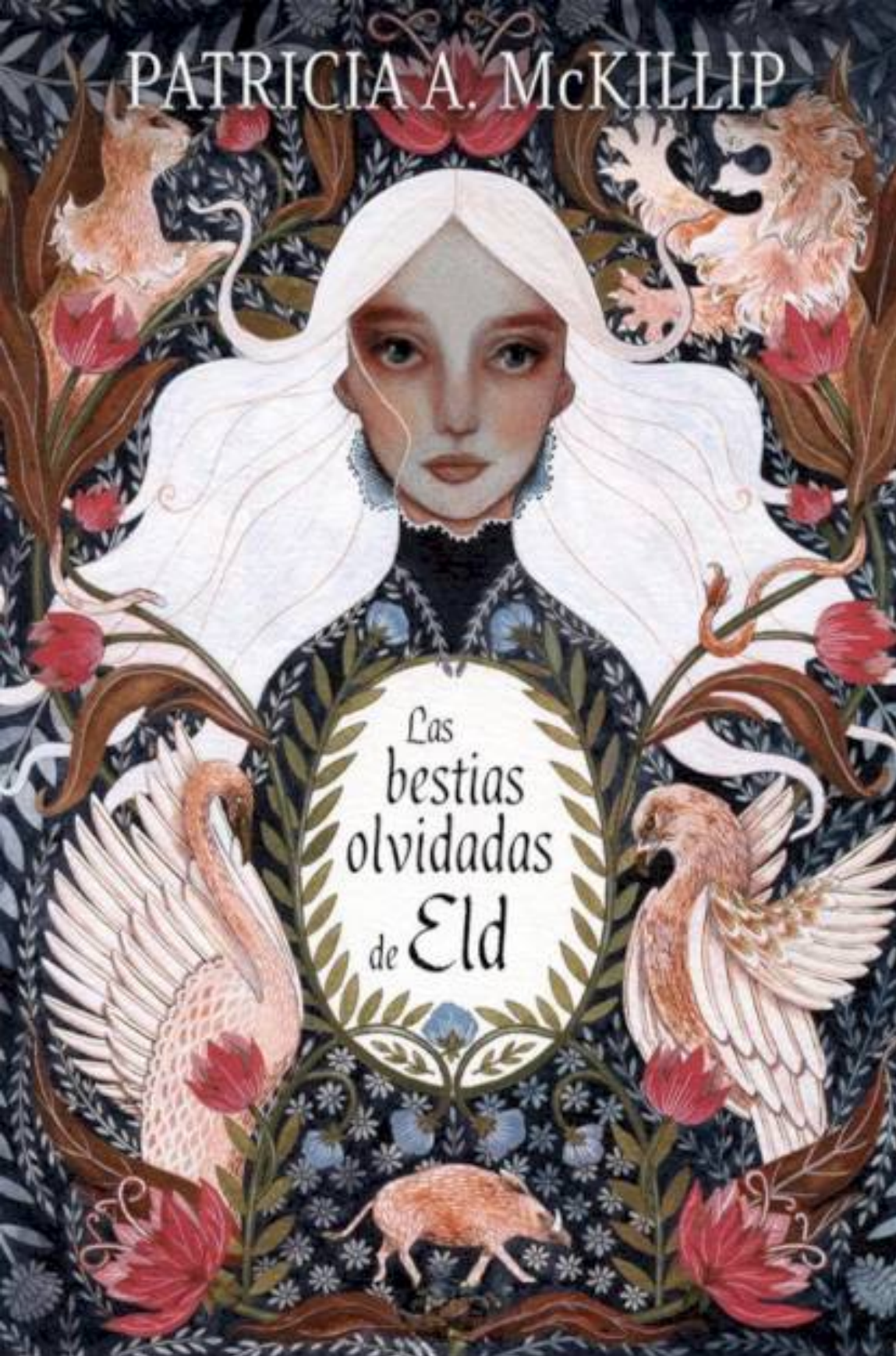


PATRICIA A. MCKILLIP

Las
bestias
olvidadas
de Eld



Sybel es una poderosa hechicera que vive aislada en la montaña de Eld. Su única compañía son las sabias y mágicas bestias que han estado bajo su cuidado desde que su padre falleció.

Los asuntos y vidas humanas, sus guerras, pasiones y sueños le son ajenos hasta que un día un desconocido con un bebé en brazos irrumpe en su hogar enredándola en los complejos hilos que tejen los hombres.

Perdida su serenidad, se verá forzada a abandonar su refugio y enfrentarse a sus demonios interiores, en una lucha por mantenerse libre y fiel a sí misma que transformará para siempre el reino de Eldwold.

Las bestias olvidadas de Eld

Para mis padres, gracias

UNO



El mago Heald yació con una mujer humilde una vez en Mondor, la ciudad del rey, y esta le dio un hijo con un ojo verde y otro negro. Heald, que tenía dos ojos negros como las ciénagas de Fyrbolg, entró y salió de la vida de la mujer igual que una ráfaga de viento; pero el niño, Myk, se quedó en la ciudad hasta que tuvo quince años. Era aprendiz de herrero, tenía hombros anchos y una constitución fuerte. Los que traían carros a reparar o caballos a herrar se sentían tentados a maldecir su lentitud y su malhumor, hasta que algo se agitaba en él, tan lento como una bestia del pantano caminando al abrigo de la oscuridad. Entonces, giraba la cabeza y los miraba con el ojo negro, haciéndolos callar y alejarse un poco. Había una veta de magia en él, como la chispa del fuego en la madera húmeda cuando prende. Hablaba poco con su voz lacónica y áspera, pero al tocar un caballo, un perro hambriento o una paloma enjaulada los días de mercado, el fuego de su ojo negro salía a relucir y su tono se volvía dulce como la voz soñadora del río Slinoon.

Un día dejó Mondor y se fue a la montaña de Eld, la más alta de Eldwold. Cuando el sol se ocultaba al atardecer, perdido entre sus brumas, la montaña se alzaba, arrojando su negra sombra sobre la ciudad. Allí donde comenzaba la niebla, los pastores o los jóvenes cazadores podían ver más allá de Mondor. Al oeste de la llanura de Terbrec, divisaban la tierra de los señores de Sirle y también alcanzaban a ver las tierras al norte del campo de Fallow, el lugar

donde el fantasma del tercer rey de Eldwold aún moraba, amenazante en su última batalla, y donde nada vivo crecía bajo sus silenciosos e incesantes pasos. Ahí, en los vastos y oscuros bosques de la montaña de Eld, en el silencio blanco, Myk comenzó una colección de animales asombrosos y legendarios.

Desde la región de los lagos salvajes de Eldwold del norte, invocó al cisne negro de Tirlith, el pájaro de enormes alas y ojos dorados que había llevado sobre su lomo a la tercera hija del rey Merroc, rescatándola de la torre de piedra en la que estaba cautiva. Envío el sigiloso hilo de su poderosa llamada a adentrarse en los profundos y espesos bosques al otro lado de Eld, de donde ningún hombre había regresado, y así pescó como un salmón al jabalí Cyrin, de ojos rojos y blancos colmillos, que podía cantar baladas como un arpista y conocía las respuestas a todos los acertijos menos uno. Del oscuro y silencioso corazón de la montaña, Myk atrajo a Gyld, el dragón de alas verdes cuya mente había estado soñando durante siglos, aposentada sobre el frío fuego del oro. Se despertó somnoliento al escuchar su nombre con deleite en la canción casi olvidada que el mago canturreó suavemente a la oscuridad. Con un puñado de antiguas joyas con las que cameló al dragón, se construyó una casa de piedra blanca pulida entre pinos esbeltos, así como un gran jardín para los animales, rodeado por una muralla de piedra con puertas de hierro forjado. Llegó el día en que también se llevó a casa a una chica de la montaña que hablaba poco y a la que no le asustaban ni los animales ni su cuidador. Venía de una familia humilde, tenía el pelo enmarañado y los brazos musculosos, y vio cosas en casa de Myk que otros quizás atisban una vez en toda su vida, en un verso de un viejo poema o en el cuento de un bardo.

Le dio al hechicero un hijo de ojos negros que aprendió a quedarse quieto como un árbol muerto mientras su padre llamaba. Myk le enseñó a leer las antiguas leyendas y bala-

das de los libros de su colección y a lanzar la llamada de un nombre casi olvidado a lo largo de todo Eldwold y de tierras aún más lejanas. También le instruyó en el arte de esperar en silencio, pacientemente, durante semanas, meses o años, hasta el momento en que el impacto de la llamada se dejara sentir como una llamarada en la extraña y poderosa mente del sorprendido animal al que pertenecía el nombre. Cuando Myk abandonó su cuerpo para siempre, sentado en silencio bajo la luz de la luna, su hijo Ogam continuó con la colección.

Ogam atrajo al león Gules para que abandonara los desiertos del sur, detrás de la montaña de Eld; el mismo que había seducido a tantos imprudentes a lanzarse a la aventura con el fulgor de su pelaje, que recordaba al tesoro de un rey. Robó del hogar de una bruja más allá de Eldwold a la enorme gata negra Moriah, cuyo conocimiento de hechizos y amuletos secretos había llegado a ser legendario en todo el reino. El halcón Ter, de ojos azules, que había despedazado a los siete asesinos del mago Aer, cayó del cielo como un relámpago sobre el hombro del hechicero. Tras una lucha breve y furiosa, un par de ojos azules fijos en otros negros, el candente agarre de las patas se aflojó; el halcón entregó su nombre y cedió al gran poder de Ogam.

Con una sonrisa torcida y cruel heredada de Myk como reclamo, también llamó para sí a la hija mayor del señor Horst de Hilt, un día en que cabalgaba demasiado cerca de la montaña. Era una mujer frágil, hermosa y aniñada, a la que asustaban tanto el silencio como aquellos animales extraños y espléndidos que le recordaban cosas vistas en el viejo tapiz de casa de su padre. También la asustaba Ogam, con su poder tranquilo y oculto y la mirada inescrutable. Le dio un bebé y murió. El bebé, incomprensiblemente, era una niña. Cuando su padre se recuperó por fin de la sorpresa, la llamó Sybel.

La pequeña creció alta y fuerte en la agreste montaña, con la constitución esbelta y el pelo de marfil de su madre

y los ojos negros e intrépidos de su padre. Cuidaba de los animales, se ocupaba del jardín y pronto aprendió cómo contener a un animal inquieto en contra de su voluntad, cómo enviar un nombre antiguo desde el silencio de su propia mente para sondear lugares ocultos y olvidados. Ogam, orgulloso de su agudeza, le construyó una habitación con una gran cúpula de fino cristal, dura como la piedra, donde pudiera sentarse bajo los colores de la noche e invocar en paz. Murió cuando Sybel tenía dieciséis años, dejándola sola en la hermosa casa blanca con una vasta biblioteca de pesados tomos encuadernados con grabados de hierro, una colección de animales que desafiaba los sueños y el poder necesario para dominarlos.

Una noche, poco tiempo después, leyó en uno de los libros más antiguos acerca de un gran pájaro blanco cuyas alas se deslizaban como banderines de nieve desplegados por el viento, un ave que había transportado a la única reina de Eldwold sobre su lomo en un pasado lejano. Murmuró su nombre suavemente para sí misma: Liralen. Sentada en el suelo bajo la cúpula, con el libro aún abierto en su regazo, envió una primera llamada en la vasta noche de Eldwold al pájaro cuyo nombre nadie había pronunciado durante siglos. La llamada fue interrumpida abruptamente por alguien que gritaba frente a sus puertas cerradas.

Despertó al león, que dormía en el jardín, con un roce de su mente y lo envió en silencio a la puerta para echarle una mirada de advertencia al intruso con sus ojos dorados. Pero el griterío continuaba, urgente e incoherente. Suspiró, exasperada, y envió instrucciones al halcón Ter de coger al intruso y lanzarlo desde la cima de la montaña de Eld. Los gritos cesaron de repente un momento después, pero el gemido de la aguda e indignada voccecita de un bebé atravesó la quietud de la noche, sobresaltándola. Al fin se levantó, cruzando el suelo de mármol del vestíbulo con los pies descalzos hasta llegar al jardín, donde los animales se revolían inquietos en la oscuridad, rodeándola. Llegó a las

puertas de finos barrotes de hierro y juntas doradas, y miró hacia fuera.

Un hombre armado se encontraba allí con un bebé en brazos y el halcón Ter sobre el hombro. El hombre estaba en silencio, congelado e inmóvil bajo las garras de Ter; el bebé lloraba en sus brazos cubiertos por la armadura, ajeno a todo. La mirada de Sybel pasó del rostro quieto en penumbra a los ojos del halcón.

«Te dije —le comentó en privado— que lo arrojaras desde la cima de la montaña de Eld».

Los ojos azules del halcón fijaron una férrea mirada en los suyos. «Aún eres joven —respondió Ter—, pero no cabe duda de que también eres poderosa, y te obedeceré si me lo pides por segunda vez. Pero antes te diré, habiendo conocido a la humanidad desde tiempos inmemoriales, que si empiezas a matar seres humanos, un día comenzarán a temerte y vendrán en grandes cantidades a derribar tu casa y liberar a tus animales. Esto es lo que el amo Ogam nos dijo muchas veces».

El pie de Sybel repiqueteó en el suelo un momento. Volvió la vista a la cara del hombre y le dijo:

—¿Quién eres? ¿Por qué estás gritando en mi puerta?

—Mi señora —le contestó el hombre con cautela, mientras las erizadas plumas de las alas de Ter le rozaban la cara—, ¿eres la hija de Laran, hija de Horst, señor de Hilt?

—Laran era mi madre —respondió la hechicera, desplazando su peso de un pie a otro con impaciencia—. ¿Y tú quién eres?

—Soy Coren de Sirle. Mi hermano tuvo un hijo con tu tía, la hermana menor de tu madre. —Se quedó en silencio, tomando aliento súbitamente con un chasquido entre los dientes, y Sybel le hizo un gesto con la mano al halcón.

«Libéralo, no quiero pasarme toda la noche aquí parada. Pero no te vayas lejos, por si acaso está loco».

El halcón levantó el vuelo y planeó hasta la rama baja de un árbol, sobre la cabeza del hombre. Este cerró los

ojos un momento; pequeñas perlas de sangre manaban como lágrimas de su cota de malla. Parecía joven a la luz de la luna y tenía el pelo del color del fuego. Sybel le miró con curiosidad; brillaba como el agua en la noche, con un anillo de metal sobre otro.

—¿Por qué vas así vestido? —le preguntó, y él abrió los ojos de par en par.

—Vengo de Terbrec. —Eché una mirada a la silueta oscura del pájaro sobre él—. ¿Dónde has conseguido un halcón como ese? Sus garras han atravesado hierro, cuero y seda...

—Mató a los siete hombres —respondió la joven— que asesinaron al mago Aer para conseguir las joyas que adornaban sus libros de la sabiduría.

—Ter —exhaló el joven, arqueando las cejas con sorpresa.

—¿Y tú quién eres?

—Ya te lo he dicho. Soy Coren de Sirle.

—Eso no significa nada para mí. ¿Qué estás haciendo en mi puerta con un bebé?

Coren de Sirle le respondió pacientemente, muy despacio.

—Tu madre, Laran, tenía una hermana llamada Rianna, tu tía. Se casó con el rey de Eldwold hace tres años. Mi...

—¿Quién reina estos días? —preguntó ella con curiosidad.

El joven contuvo la respiración, sobresaltado.

—Drede. Drede es el rey de Eldwold, lo ha sido los últimos quince años.

—Oh. Continúa... Drede se casó con Rianna. Todo esto es muy interesante, pero tengo un Liralen al que llamar.

—¡Por favor! —Le echó una mirada al halcón, bajando la voz—. Por favor. Llevo tres días combatiendo. De pronto mi tío me puso un bebé en los brazos y me ordenó que se lo llevara a la hechicera de la montaña de Eld. Supón, le dije, que no quiera hacerse cargo de él. ¿Qué va a hacer ella

con un bebé? Me miró y respondió: «No bajarás de esa montaña con el niño. ¿Acaso quieres ver muerto al hijo de tu hermano?».

—¿Pero por qué quiere dármele a mí?

—Porque es el hijo de Rianna y Norrel, y los dos están muertos.

Sybel parpadeó.

—Pero si me acabas de decir que Rianna estaba casada con Drede.

—Lo estaba.

—¿Y entonces por qué el niño es hijo de Norrel? No lo entiendo.

La voz del chico se alzó peligrosamente.

—Porque Norrel y Rianna eran amantes. Y Drede mató a Norrel hace tres días en la llanura de Terbrec. ¿Ahora puedes quedarte con el bebé para que pueda volver y acabar con Drede?

La hechicera le miró sin pestañear con sus negros ojos.

—No me grites —dijo con suavidad.

Las manos blindadas de Coren se retorcieron bajo la luz de la luna. Dio un paso hacia ella, y la tenue luz perfiló los largos huesos de su rostro y los marcados surcos de agotamiento bajo sus ojos.

—Lo siento —susurró—. Por favor, ponte en mi lugar. He cabalgado durante toda la tarde y gran parte de la noche. Mi hermano y la mitad de mis parientes están muertos. El señor de Niccon ha unido sus fuerzas a las de Drede, y Sirle no puede hacer frente a ambos. Rianna murió en el parto. Si el rey encuentra al bebé, lo matará como venganza. No hay un lugar seguro para él en mi tierra. No hay otro sitio en el que pueda estar a salvo excepto este, donde no se le ocurrirá buscarlo. Drede ha matado a Norrel, pero juro que no matará a este niño. Por favor, ocúpate de él, su madre era familia tuya.

Sybel miró al bebé. Había dejado de llorar; a su alrededor, la noche estaba muy serena. El pequeño sacudió sus

puñitos en el aire y apretó la suave manta que lo envolvía. La joven tocó su cara pálida y gordezuela, y sus ojos se posaron en ella, parpadeando como las estrellas.

—Mi madre murió al tenerme —dijo—. ¿Cómo se llama?

—Tamlorn.

—Tamlorn. Es muy bonito. Ojalá hubiera sido una niña.

—Si lo hubiera sido, no habría hecho falta que cabalgara hasta aquí para esconderla. Drede tiene miedo de que el niño se declare el legítimo heredero cuando sea mayor y se enfrente al heredero de su elección. Sirle le apoyaría, los míos aspiran a la corona de Eldwold desde que el rey Harth muriese en el campo de Fallow y Tarn de Sirle se sentara en el trono durante doce años, para después perderlo de nuevo.

—Pero si todo el mundo sabe que el bebé no es de Drede...

—Solo Drede, Rianna y Norrel saben la verdad del asunto, y tanto Rianna como Norrel están muertos. Los bastardos de un rey pueden ser muy peligrosos.

—A mí no me parece peligroso —murmuró, acariciándole la mejilla con los esbeltos y pálidos dedos. Una sonrisa ausente iluminó su rostro—. Creo que encajará bien en la colección.

Coren apretó al bebé contra su pecho en ademán protector.

—Es el hijo de mi hermano, no un animal.

La hechicera alzó la mirada.

—¿No es incluso inferior? Come, duerme y no tiene capacidad de raciocinio, y además requiere cuidados especiales. Solo que... No sé cómo cuidar de un bebé. No puede decirme lo que necesita.

El joven se quedó callado por un momento. Cuando finalmente habló, Sybel pudo escuchar el agotamiento que matizaba su voz.

—Eres una chica. Deberías saber de estas cosas.

—¿Por qué?

—Porque... bueno, algún día tendrás hijos y entonces... tendrás que saber cómo cuidarlos.

—Yo no tuve a ninguna mujer que se ocupase de mí —contestó—. Mi padre me alimentó con leche de cabra y me enseñó a leer sus libros. Supongo que algún día tendré un hijo al que pueda enseñar a cuidar de los animales cuando yo muera.

Coren se la quedó mirando con la boca entreabierta.

—Si no fuera por mi tío —dijo suavemente—, me llevaría al niño de vuelta a casa antes que dejar aquí al hijo de Norrel, a merced de tu ignorancia y tu corazón helado.

El rostro de Sybel se tornó impasible como la luna llena ante él.

—Tú eres el ignorante —susurró—. Podría hacer que Ter te despedazara en siete partes y tirara tu cabeza decapitada sobre la llanura de Terbrec, pero estoy controlando mi ira. ¡Mira a tu alrededor!

Abrió las puertas, con los dedos temblando de furia mientras la indignación la atravesaba como el viento limpio de la montaña. Envió llamadas privadas a las mentes adormecidas a su alrededor y, como si de piezas de un sueño se trataran, los animales se acercaron a ella. Coren entró a su lado. Colocó al bebé sobre un hombro, protegiéndole la espalda con los brazos cubiertos por la armadura y ahuecando la mano para sostenerle la cabeza, mientras deslizaba la vista, mudo de asombro, sobre la susurrante oscuridad en movimiento. El gran jabalí los alcanzó primero, de un blanco incandescente en la oscuridad, sus colmillos del marfil nacarado con el que sueñan los cazadores, y un sonido inarticulado surgió de la garganta del hombre. La hechicera posó una mano sobre los ojillos rojos.

—¿De verdad crees que, cuidando de estos animales, no seré capaz de cuidar a un niño? Son antiguos y poderosos como príncipes, sabios, inquietos y peligrosos, y les proporciono todo aquello que necesitan. De la misma for-

ma le proporcionaré a este niño lo que necesite. Si no es eso lo que quieres, vete. Yo no te pedí que me trajeras un bebé y no me importa que te lo lleves. Puede que sea una ignorante en tu mundo, pero aquí estás en mi mundo y tú eres el único necio.

Coren se quedó mirando fijamente al jabalí, luchando por encontrar las palabras.

—Cyrin —musitó—. Lo tienes. —Se detuvo de nuevo, respirando a grandes bocanadas por la boca abierta. Hablaba despacio, tratando de desenterrar recuerdos olvidados—. Rondar... el señor de Runrir capturó... al jabalí Cyrin, a quien ningún otro hombre había capturado antes, el esquivo Cyrin, el guardián de acertijos, y... exigió o bien la vida del jabalí o toda la sabiduría del mundo. Este arrancó una piedra del suelo a sus pies, pero Rondar dijo que no valía nada y siguió cabalgando, continuando su búsqueda...

—¿Cómo es que conoces esa historia? —preguntó Sybel, asombrada—. No es una leyenda de Eldwold.

—La conozco, la conozco. —Levantó la cabeza, sujetando con fuerza al bebé entre sus brazos, mientras una gran sombra se precipitaba sobre ellos, una silueta silenciosa en la noche. El cisne se recogió con delicadeza ante ellos, su lomo tan ancho como el del jabalí, los ojos negros como la noche en el espacio entre dos estrellas—. El cisne de Tirli-th... ¿Es el cisne? ¿Lo es, Sybel?

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó ella en un susurro.

—Lo sé.

Vio a dos felinos avanzando en la oscuridad; venían de los dos extremos de la casa, y ella le oyó tragar saliva. Tam-lorn se revolvió en sus brazos, pero el joven no se movió. La gata Moriah llegó hasta ellos y le dio un empujoncito a la mano de Sybel con su negra cabeza, para después echarse a sus pies y bostezar de cara al intruso, mostrando unos dientes afilados como piedras pulidas.

—Moriah... señora de la noche, que le dio al mago Tak un hechizo que abrió la torre sin puerta en la que estaba cautivo... No conozco... no conozco al león. —El león Gules, con sus ojos de oro líquido, trazó un estrecho círculo alrededor de las piernas del chico para quedarse parado frente a él, músculos sobre músculos deslizándose con lentitud bajo su brillante pelaje. Coren sacudió la cabeza con rapidez—. Espera... había un león de los desiertos del sur que vivía en las cortes de grandes señores repartiendo sabiduría, que comía ricas carnes y llevaba su collar y cadenas de oro y hierro solo mientras le convenía... Gules.

—¿Cómo sabes estas cosas?

La gran cabeza del felino se giró para mirar a la hechicera. «¿Dónde has encontrado a este?», le preguntó con curiosidad.

«Me trajo un bebé —contestó, distraída—. Conoce mi nombre, y no sé cómo».

—Hubo un tiempo en que podía hablar —dijo Coren.

—Hubo un tiempo en que todos podían. Han vivido de forma salvaje, alejados de los hombres, durante tanto tiempo que han olvidado cómo hacerlo, excepto Cyrin; al igual que los hombres... o al menos la mayoría de los hombres... han olvidado sus nombres.

—¿Pero cómo es que...?

A su lado, el joven se sobresaltó, y Sybel miró hacia arriba. La envergadura de unas alas desplegadas manchó la luna y oscureció sus caras; entonces descendió, absorbiendo con cada brazada un latido de viento. Tamlorn pataleó inquieto contra el abrazo del hombre y le gimió al oído en protesta. El dragón aterrizó con lentitud frente a ellos, observando al intruso con su luminosa mirada verde. Su sombra manaba gigantesca hasta sus pies. La voz de su mente era antigua, seca como un pergamino en la mente de la hechicera:

«Hay una cueva en las montañas donde nunca encontrarán sus huesos».